



URTAÍN JUGUETE ROTO

COOPER tiene cara de malo. Pero no de malo real. Cooper tiene cara de actor de cuarta fila especializado en papeles de malo. Todos sabemos que Cooper es un pedazo de pan amasado a mano. Buen padre de familia. Apacible durmiente a sus horas. Celoso observante de la dietética. En su casa no tiene nunca una palabra más alta que la otra. Los genes le han gastado una mala pasada y ha salido a este mundo con cara de «killer» a sueldo. Pero la Historia está llena de santos feísimos y de vírgenes prudentes que nunca hubieran llegado ni a guapa con gafas.

Urtain tiene cara de lo que el glorioso lenguaje convencional de la prensa española ha convenido en llamar chicarrón del Norte. Todos sabemos lo que implica esta significación: nobleza, fortaleza física y espiritual y buen apetito.

Pero Urtain últimamente ha dejado que el equivoco se introdujera en su vida. Ama los coches deportivos y declara impunemente que le gustaría mucho ligar con las inglesas (el propósito no es tan disparatado si tenemos en cuenta que Inglaterra es la patria de Julie Christie, Vanessa Redgrave y Cristina Keeler). Le gustan más las señoras que el **footing** y el **punching**. Tiene un amor, nunca correspondido, por los filetes poco hechos.

La suerte estaba echada.

La virtud contra la alegría de vivir. El combate está fallado históricamente desde antiguo. La hormiga triunfa sobre la cigarra, y aunque siempre exista la excepción del «play-boy» que termina sus días con una buena boda y una buena muerte, los virtuosos suelen llevarse la parte del león, así en la tierra como en el cielo.

Ha sonado el «gong» y el virtuoso Cooper avanza bien provisto de estatura, oficio, moral y educación física.

Urtain esconde algo la cabeza entre los hombros y sube la guardia. Su nariz, todavía no excesivamente deformada, se adelanta como intentando oler al enemigo. Tiene ojos de buen chico atento a la explicación de la fórmula de las ecuaciones de tercer grado.

Los guantes se rozan. La gente grita en inglés y un enviado especial de no sé qué diario musita para sí: «Aquí se m a s c a la tragedia».

AQUELLAS PIEDRAS DEL PAIS VASCO

Cooper empieza la esgrima. No puede decirse que su juego de piernas sea el de un Cassius Clay. Ni

siquiera el de un Joe Louis del comienzo de los años cuarenta. Pero sus piernas son las de un boxeador. Le permiten bascular el cuerpo y soltar los brazos con un ritmo continuado. Le permiten esquivar, dejar que los puños del antagonista se pierdan como una corriente de aire junto a sus costados. E inmediatamente inclina el cuerpo, amaga, suelta la derecha para llevar a Urtain al terreno de la izquierda, donde espera, agazapado, el gancho lanzado desde media distancia: su golpe predilecto.

Urtain tiene piernas de cargador de piedras. ¿Cómo son las piernas de un cargador de piedras? Columnas, auténticas columnas casi hundidas en la tierra, sólidas, dispuestas a saber respaldar la riñonada que elevará la piedra. Urtain se mueve sobre las piernas de musculatura dura con las que se ganó el

URTAIN

pan y el filete, pueblo a pueblo del País Vasco. De siempre, las piernas han constituido un problema nacional que yo no sé si atribuir a un condicionante étnico irreparable. Las piernas femeninas en España dejan bastante que desear (aunque se aprecian progresos en las últimas generaciones). Aconejadas, amocilladas, sanguíneas, colúmnicas, las piernas nacionales de uno u otro sexo no nos han dado ninguna gloria. Urtain no es una excepción. Tiene piernas para no moverse del punto fijo del universo donde le es dable subir, una y otra vez, la piedra de Chumy-Chúmez.

El lenguaje convencional técnico diría que los dos púgiles se estudiaron durante el primer asalto. Uno diría que la cosa se planteaba a otro nivel. Urtain pensaba en cuál era la distancia más corta hasta las cejas de Cooper, distancia que se reveló excesivamente larga para los brazos del español. Cooper pensaba: *Uncertain*, eres un «bluff» o no eres un «bluff». Urtain llega a la ceja izquierda de Cooper. La sangre salta aparatosa y asiniestra aún más la cara del aspirante. Urtain sigue con la nariz adelantada. Huele la sangre y sus ojos se clavan en la ceja abierta en busca de la senda libre para los puños.

Pero Cooper sabe de qué va. Busca el cuerpo a cuerpo que le permite abrazar a Urtain con sus brazos más largos y castigarle parsimoniosamente el hígado, la cabeza. Con un puño contiene el cogote de Urtain y con el otro le roza o le golpea, como en un picotear cruel sobre un enemigo falsamente acariciado. Urtain no se quiere dejar tocar. Es un celtibérico y escapa a los abrazos de Cooper. Después de la ceja abierta, los golpes no llegan hasta la cara del inglés. Cooper coloca un gancho en el tercer asalto y Urtain pega la barbilla, contra el hombro del campeón, recupera el sentido de la orientación y se despega nuevamente. Urtain mantiene la cara de chico aplicado y por los ojos de Cooper pasa la sombra de la duda. De pronto un izquierdazo del vasco le explota sobre el estómago y le deja sentado sobre las cuerdas. Sale impelido por la propia sorpresa y quedan otra vez frente a frente. Urtain se le echa encima en busca del golpe definitivo, y Cooper, a base de piernas, va saliendo del asunto, aunque haya perdido alguna fiema en sus maneras. Es el quinto asalto y jamás, jamás, estarán más cálidos los alientos españoles de millones de telespectadores. Era posible. Urtain podía tumbar a Cooper.

LA VIRTUD SIEMPRE GANA

Pero fue una impresión fugaz. Las piernas de Cooper ya no se mueven como en el primer asalto. Pero las de Urtain han perdido incluso la lógica del cargador de piedras. Las utiliza para apuntalar la embestida con la cabeza, no para golpear

con la cabeza, sino para compensar con todo el cuerpo la diferencia de longitud de sus brazos con respecto a los de Cooper. Cree que la embestida, el coraje, la furia española, inventada por Matías Prats, pueden solucionar el problema de la distancia más corta entre dos puntos. Es entonces cuando Cooper, ciudadano de una de las potencias cibernéticas del mundo, saca el mejor oficio de viejo boxeador cansado. Los cordones de sus guantes calientan, ablandan, abren la carne de la cara de Urtain. El árbitro no podía enterarse ni era una faceta importante dentro del conjunto de lecciones elementales que el inglés estaba dando. Cooper suelta los brazos cuando quiere, cosa que Urtain no puede decir. Sus golpes no tumban al vasco, que se revela como buen encajador; pero le han hinchado el ojo derecho. La carne crece en torno a la ranura del ojo, poco a poco se hace grieta, apenas una raya. Urtain boxea prácticamente con un solo ojo. Pierde el sentido del volumen y eso quiere decir que el cuerpo de Cooper enviará los brazos armados con puños desde una dimensión incontrolable por los ojos del vasco. Arremete, embiste, movido por esa cultura escolar que

desde niño le ha enseñado que la fuerza de España siempre ha nacido de la desesperación. Pero estamos en el siglo XX. En Inglaterra. Un médico examina el ojo de Urtain. El combate ha terminado. Ya se acabó el alboroto.

Ahora empieza el tiroteo.

Alguien ha puesto la chapela triunfal sobre la cabeza de Cooper. Urtain vuelve a los vestuarios rodeado de un cierto respeto. Es evidente que este hombre ha aprendido a recibir golpes. Bastante más que a darlos. Es evidente que el precio de la localidad ha sido compensado por el curso de la pelea: no ha habido tongo, ha habido angustia de disputa, incluso una mínima incertidumbre y finalmente el «happy end» de la victoria del virtuoso compatriota. Pero el derrotado ha dado la cara. Ha padecido una derrota que le reportará el beneficio de la deportividad. Que desarmará plumas escépticas.

Y sin embargo se oye un huracán de pulmones deshinchados. El grito Urtain pierde el viento como un fuelle aplastado por la apisonadora de la evidencia. La gran oportunidad histórica esperada desde los tiempos de Uzcudun se ha frustrado. País de pesos moscas, gallos, plu-

mas, mediano-ligeros, un peso fuerte era tan necesario como un acuerdo de bases conjuntas o un Concordato con la Santa Sede. Habían pasado siglos para que la chuleta de buey y el pimientito rojo con ajos fritos criaran un «morrosko» peso pesado, que diera la cara de una España desarrollada y competitiva. Era una cara sustitutiva de aquellas cabecitas triunfadoras de Young Sánchez, Luis Romero, Luis de Santiago, Gallana, minipesos en correspondencia con las mollejas, las gallinejas, los callos a la madrileña y el cacauet torraet.

La derrota de Urtain se sumaba a la larga lista de mitos deportivos sustitutivos que últimamente se van esfumando del escaparate nacional. Hay quien empieza a dar la explicación de la conjura internacional. Aupado por la mafia hasta el título europeo, Urtain lo pierde por su desaire a Casadei. Acorralado, una conjura superestructural le ha obligado al enfrentamiento con un boxeador de verdad. Los sospechosos pesos pesados europeos eran tan corruptibles que ha sido necesario recurrir al virtuoso Cooper para que a sus treinta y ocho años cortara la carrera ascendente del vasco.





BOBY DEGLANE Y LA PUJANZA DE LA RAZA

«Mis queridos amigos», decía la otra noche don Bobby Deglane por la televisión al retransmitir el combate de boxeo entre Urtain y Cooper, en que se ponía en juego el título europeo de los pesados. «Mis queridos amigos, si Dios nos ayuda volveremos a España con el título». En conjunto, la retransmisión de la otra noche fue un precioso «show» celtibérico. Para empezar, subió al cuadrilátero con la bandera española el torero Andrés Vázquez, y el locutor, Bobby Deglané, dio rienda suelta a su entusiasmo: «Un torero español, señores y señoras; un torero zamorano, nada más y nada menos que Andrés Vázquez, es el abanderado esta noche». Se mascaba, como suele decirse, en el ambiente la derrota del «morrosko», y hay que decir que, en general, los periodistas deportivos se guardaron muy mucho de hablar de las perspectivas del combate en tono triunfalista. Cooper es un boxeador y el mocetón de Cestona, representante, como dijo Bobby Deglané, de la pujanza de la raza, iba a una derrota segura. Lo asombroso en todo el asunto es que Televisión Española, en lugar de encargar la retransmisión a un locutor «técnico» que fuera comentando objetivamente las incidencias del combate, se la encargara a un locutor «lírico», como el ilustre Bobby. Se trataba, sin duda, de paliar un poquito los efectos político-morales que iba a tener el seguro y fatal resultado en el ánimo de los españoles. Cuando, en el primer asalto, Urtain consiguió rozar la ceja de Cooper (ceja que, debido a su blandura, constituía la única esperanza española), el locutor pegó tal salto de alegría que el

telespectador debió sentirse reconfortado de buena parte de los descalabros históricos que nos han infligido los ingleses. Pero, ¡ay!, Urtain no volvió a rascar la ceja de Cooper en el resto del combate. Poco después el exultante Bobby tuvo que reconocer que el morrosko «empieza a respirar fatigosamente y —añadió— esto me preocupa, señores». El tercer asalto dio al locutor la posibilidad, más o menos justamente fundada en algunos manotazos del español, de repetir la generalizada teoría de que la única posibilidad de Urtain era «atacar, arrollar». Personalmente no entiendo nada de boxeo, pero me parece que cuando a un púgil (¡qué bonita es la palabra púgil!), repito, que cuando a un púgil le están martilleando la cabeza y los hígados, como hacía la otra noche Cooper con nuestro héroe, no se puede hablar como lo hacía Bobby Deglané, de que el que está recibiendo esté precisamente arrollando a su enemigo. La culminación de esta escalada de esperanzas españolas se produjo en el momento en que Cooper dio un traspies y dobló la rodilla, para levantarse en el mismo instante. La hispánica voz de Bobby Deglané produjo ahí un alarido capaz de levantar de su tumba al mismísimo Medinasidonia, el almirante en funciones de «La Invencible». ¡Magro consuelo! A los pocos segundos, Cooper arreaba un guantazo (por hablar en términos populares) a la nariz de Urtain, y Bobby Deglané lo disimulaba diciendo que «es un hombre con una nariz muy grande y que muchas veces, en el colegio, nos ha pasado que nos hemos dado un golpecito en la nariz y hemos empezado a sangrar». Lue-

go vinieron las «irregularidades». El golpe de Cooper con el antebrazo fue, según Bobby Deglané, completamente ilegal. En cambio, el cabezazo que Urtain le dio a la cara a su enemigo no fue ilegal, porque, dijo el locutor, «No ha habido dolo y, según los juristas, para haber falta tiene que haber dolo». Resumiendo la actuación del árbitro francés dijo don Bobby que era «un árbitro casero». Pero el esperado «cate» que España deseaba no llegó y, en el séptimo asalto, el locutor hablaba ya de «mare tenebrossum». Ya al principio de la pelea, Deglané había explicado que el pesaje de los boxeadores se había realizado en el teatro Odeón, donde se estaba representando la pieza «Waterloo». «Esperemos —había dicho el locutor— que Urtain no sea Napoleón». Y sí. La voz de TVE inició a partir de entonces su retirada, su «premio de consolación». Habló del «gran vasco», «el hombre primitivo», «el corazón que representa a toda la hispanidad» y dijo que «aunque un locutor tiene que ser objetivo, yo tengo una inmensa simpatía por este mocetón que encarna la pujanza de la raza». «Hombre —añadió— de vida privada intachable». En palabras de Bobby Deglané, «Urtain ha caído con gloria, con dignidad, con honor». Luego le dieron a Cooper, ya triunfador, la «chapela vasca» y en ello se vio muy claro, como dijo Bobby, «el hispánico gesto de cordialidad y señorío».

¡Fue todo tan bonito! ■ LUIS CARANDELL.

Y LA VENGANZA DE KUBALA

A las pocas horas de haber sufrido en nuestra carne hispánica, ante la pantalla del televisor, el desgarrón de la derrota de Urtain, nos llegaba el consuelo, también a través del televisor, de la victoria de la selección nacional de fútbol ante Irlanda. Antes del partido, en declaración de última hora, Ladislao Kubala había dicho: «Vengaremos a Urtain». Y nuestros aguerridos muchachos, los Luis, los Rexach, los Violeta, los Pirri, los Irribar, abrumados el martes por los sucesos de Londres, pusieron el miércoles las cosas en su sitio. Así, el fracaso del nacional-pugilismo se vio compensado al día siguiente por el apogeo nacional-balompédico. ¡Gloria y honor a España! Este triunfo tiene tanto más significado cuanto que, en la selección irlandesa, figuraban varios jugadores que normalmente se alinean en los grandes clubs ingleses. Si el sajón Cooper desbarboló el martes al racial Urtain dejándonos sumidos en la amargura, el miércoles, en el césped del estadio Sánchez Pizjuán, en Sevilla, ante ese público al que se ha llamado «el jugador número doce de la selección nacional», nuestro equipo impuso a los irlandeses la evidencia de esa «gran verdad» del tres a cero. Y es que, señores, las reservas espirituales de España son inagotables. El coraje, la furia, el pundonor —¡virtudes tan nuestras!— saben vengar a tiempo las derrotas. La gloria que hoy se derrumba, mañana renace sobre sus cenizas. Y así, el mito sigue. ■ L. C.

Esta explicación se pierde en el terreno de la suspicacia indemostrable. Lo cierto es que Urtain ha bajado del ring desmontado del sitial mitológico y convertido en un boxeador fuerte, técnicamente malo y necesitado de un largo entrenamiento que a su edad se adivina inalcanzable. Tiene una fuerte pegada, pero arbitraria. No está respaldada por un autocontrol de cuerpo, sino por un impulso ciego que hasta ahora podía ejercer ante boxeadores semidormidos por lo que fuera o simplemente asustados. Ha aprendido a mover la cintura, los brazos, la parte superior del cuerpo; pero sus piernas son columnas de puro plomo.

Sus combates de verdad se iniciaron con la disputa del título europeo ante Weiland, un boxeador drogadicto de las salchichas de Frankfurt y la jarra de cerveza, con la musculatura abrigada por el pániculo adiposo más rancio del boxeo de todos los tiempos. Su segundo combate de verdad fue el de Blind. Fue la suya entonces una victoria a la acometividad y a la dedicación. Pero ya se vio que Blind sabía más que Urtain y la justicia del combate nulo se frustró porque Blind no arriesgó cuanto debe arriesgar un aspirante.

Ahora Urtain tiene la opción de la virtud y el gimnasio o una cortísima de victoria fáciles, algún dinerito a acumular y el retorno al caserío con más horizontes del mundo a cuestas y algún coche deportivo. Tal vez monte un parador del camino o un negocio de ordeñadoras mecánicas. Dentro de quince, veinte años, cualquier ramalazo de revival volverá a mitificar a Urtain, como heredero de la dinastía de Juan Sebastián Elcano y Paulino Uzcudun. Aparecerá en programas de televisión opinando bajo el aval de su pasada gloria, esa gloria que en la actualidad ustedes y yo nos resistimos a concederle.

Tal vez Urtain se exprese entonces con normalidad. Que no arrastre las vocales, ni pierda la mirada. Es decir, que siga siendo ese muchacho listo (a mi Urtain me parece una persona muy inteligente) que ahora es, afortunado provechón de la neurosis solteril de nuestra sociedad, perpetuamente en demanda de machos paralelos y privilegiados.

Es una cuestión a decidir en las próximas semanas. Urtain puede llegar a boxear mejor a base de gimnasio y sacrificio. Urtain puede convertirse en un boxeador «gagá» más si quiere exprimir hasta el último la teta de la ganancia, de la explotación de su propio mito en decadencia.

Voces aparentemente sensatas le aconsejarán que se responsabilice y aprenda a pegar científicamente, puesto que ya va aprendiendo a recibir.

Pero, ¿para qué? ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.